

Perseverando en lo recibido

Una iglesia imperfecta, pero perseverante
Texto base: Hechos 2:42-47

Introducción

A veces nos preguntamos cómo fue la primera iglesia en Jerusalén. ¿Cómo serían sus reuniones? ¿Qué cantaban? ¿Se reunirían por la mañana o por la noche? ¿Tendrían el cafecito? No conocemos todos esos detalles.

Pero Lucas nos muestra una iglesia donde la presencia guiadora del Espíritu Santo era visible en su comunión, su adoración, su enseñanza y en la ayuda de unos a otros. Era una iglesia viva y sana, aunque estaba formada por personas con diferencias y caracteres distintos.

Hechos 4:32-37; 5:1-11

Bernabé vendió una propiedad y puso el dinero a disposición de los apóstoles. Ananías y Safira también vendieron una heredad, pero mintieron sobre lo entregado. Podían conservar una parte; el pecado fue mentir al Espíritu Santo. Su muerte trajo gran temor a la iglesia.

La iglesia que vamos a mirar no era perfecta, pero perseveraba en lo recibido. Ese es el modelo que necesitamos imitar.

Cuando nos convertimos, Jesús es nuestro Salvador, Dios nuestro Padre y la iglesia nuestra familia. La unión construye relaciones, las relaciones comunión y la comunión amistades.

I. La perseverancia en la devoción

Hechos 2:42 · Enseñanza apostólica

¿A qué se dedicaron aquellos hermanos? A la enseñanza de los apóstoles, la comunión, el partimiento del pan y las oraciones. Nosotros somos la continuidad de esa fe apostólica, que tiene como fundamento a Cristo.

La enseñanza iba acompañada de amor fraternal y oración. ¿Qué nos falta para parecernos a ellos? ¿Están estos elementos presentes en nuestras reuniones y en nuestra vida juntos?

Imaginate una fogata: los leños juntos arden y dan calor. Separá uno y, poco a poco, sus brasas se enfrían. Nos necesitamos unos a otros.

II. La perseverancia en el temor

Hechos 2:43 · Hechos 3:1-10; 4:22

El temor de aquella iglesia era un profundo reconocimiento de la obra divina. Había asombro por lo que el Espíritu Santo hacía en medio de ellos. Se tomaban en serio su vida con el Señor y deseaban reverenciar Su nombre.

Pedro y Juan se encontraron con un hombre que no podía caminar desde su nacimiento y tenía más de cuarenta años. Después de ser sanado, entró al templo caminando, saltando y alabando a Dios. Todos reconocieron quién era y quedaron llenos de asombro.

¿A cuántos les gustaría ver al Señor obrar en medio de nosotros? Nuestra oración, nuestro compañerismo y nuestro testimonio tienen que expresar esa dependencia de Él.

Que lo que nos sorprenda sea la obra de Dios entre nosotros, y no nuestras diferencias, divisiones y falta de amor.

El temor del Señor se tiene que ver en cómo tratamos a los hermanos, en nuestra sinceridad y en la seriedad con la que respondemos a Su Palabra.

III. La perseverancia en la generosidad

Hechos 2:44-45; 4:32-37

Una de las marcas de aquella iglesia fue su desprendimiento de las cosas materiales. Si alguien tenía una necesidad, llegaban en su ayuda. Compartían su fe en Jesús y también sus bienes.

Aquella generosidad era voluntaria, nacía de un corazón abierto. Ponían recursos a disposición de los apóstoles para que fueran administrados y aliviaran las cargas de quienes los necesitaban.

Cuando Dios se apodera de tu corazón y entiendes la gracia de Jesús y Su obra en la cruz, aprendes a ser generoso. Lo vemos en Zaqueo y en Bernabé. Dar deja de ser solamente una carga y se convierte en una alegría.

La comunión también se hace visible en lo que compartimos. La necesidad de mi hermano empieza a importarme porque somos familia.

Una iglesia generosa cultiva la cooperación y el alcance. Persevera en el privilegio de dar, cuida a los suyos y sostiene su servicio y su misión.

IV. La perseverancia en la asistencia

Hechos 2:46

Aquellos creyentes perseveraban en reunirse en el templo y por las casas. El compañerismo era evidente. Querían disfrutar de lo que tenían en común: la vida que habían recibido y la presencia activa del Espíritu Santo.

Desde el comienzo fueron miles, pero eso no les impidió compartir tanto en reuniones grandes como en las casas. Estaban dedicados a encontrarse. ¡Mantenían sus brasas en el fuego!

La iglesia funciona como un cuerpo. Hay cosas que no podemos vivir solos: necesitamos estar juntos.

Hoy podemos escuchar una predicación online, y es una ayuda para quien no puede acercarse. Pero escuchar un mensaje no reemplaza toda la vida de comunión: conocernos, acompañarnos, servirnos y compartir las cargas.

El asunto es que nos necesitamos. No dejemos que la comodidad nos quite el compañerismo vivo de la iglesia. Hay algo valioso en el abrazo de los hermanos reunidos.

V. La perseverancia en la alegría

Hechos 2:46 · Lucas 7:36; 19:5-10 · Juan 21:9-13

Se reunían y comían juntos. ¡Me encanta esto, principalmente porque me gusta comer! Pero, más allá de la comida, algo especial sucede cuando compartimos la mesa. Una comida o un café pueden profundizar nuestras relaciones.

Ahí hablamos de la familia, el trabajo, los estudios y lo que estamos viviendo. Nos conocemos más. Dejamos de ser solamente personas que coinciden en una reunión.

Jesús compartió la mesa con la gente. Comió en casa de Simón el fariseo y estuvo en casa de Zaqueo. Incluso después de resucitar compartió pan y pescado con Sus discípulos. La mesa también fue un lugar de encuentro y transformación.

Aquella iglesia comía con alegría y sencillez de corazón. No necesitaban complicar la comunión para disfrutar de estar juntos.

La alegría debería distinguarnos. Que nuestros hermanos encuentren entre nosotros un lugar para compartir la vida, ser escuchados y sentirse parte de la familia.

VI. La perseverancia en la alabanza

Hechos 2:47 · Efesios 5:19

La alabanza formó parte de la comunión de la iglesia desde el comienzo. No tenemos una lista de sus cantos, pero Pablo nos habla de salmos, himnos y cánticos espirituales, y de alabar al Señor desde el corazón.

En la alabanza reconocemos al Autor de la vida con gratitud por lo que hizo. La adoración expresa el corazón de alguien que fue redimido y reconoce la obra de Dios en su vida.

Hechos 3:8-9

El hombre que había sido sanado caminaba, saltaba y alababa a Dios. ¿Cómo no hacerlo después de tantos años sin caminar? Su gratitud se hacía visible.

Aquella iglesia alababa porque Jesús los había salvado, los había cambiado y les había dado una nueva vida. Tenían motivos para agradecer, y los expresaban juntos.

No todos tenemos una gran voz, pero todos tenemos razones para alabar. Que nuestros labios expresen la gratitud que hay en el corazón.

Conclusión: una iglesia que persevera

Hechos 2:47

El pasaje termina mostrando al Señor añadiendo cada día a la iglesia a los que iban siendo salvos. Ellos perseveraban en lo recibido, y el Señor obraba en medio de esa vida compartida.

Esta es la iglesia que anhelamos: dedicada a la Palabra, llena de reverencia, generosa, cercana, alegre y agradecida. Una familia donde lo recibido de Cristo se expresa en la manera de vivir.

La consigna de este texto es perseverar: en la enseñanza, en la comunión, en las oraciones y en el amor práctico de unos por otros.

¿Qué necesitamos recuperar como iglesia? ¿Nos estamos enfriando lejos de los hermanos? ¿Estamos atentos a sus necesidades? ¿Seguimos disfrutando de compartir y alabar juntos?

Que seamos una iglesia donde las personas puedan encontrar familia, alimento y cuidado. Que quienes el Señor añada encuentren una comunidad que vive lo que anuncia.

Señor, ayúdanos a perseverar en lo recibido. Que Tu vida se vea en nuestra comunión, nuestra generosidad, nuestra alegría y nuestra alabanza. Que podamos cuidarnos y crecer juntos en Vos.